

«Camino». Perspectiva lingüística*

CARMEN SÁNCHEZ LANZA

En su magnífico trabajo de investigación crítico-histórica sobre el libro *Camino*¹, Pedro Rodríguez aborda un enjundioso estudio de antecedentes, génesis, contextos y fuentes de esta obra de Josemaría Escrivá de Balaguer. El autor de la edición crítico-histórica aclara al principio de la misma, en unas palabras dirigidas al lector, que su edición: «No es, sin embargo, ni quiere serlo un comentario teológico y de espiritualidad, aunque haya continuas alusiones –no podía ser de otra manera– a lo que constituye la materia misma del libro. Tampoco es un estudio del estilo literario o del uso lingüístico de los términos, lo que no excluye, acá y allá, frecuentes apuntes sobre el tema» (P. Rodríguez, 2004, XVIII).

Apoyándonos en esta cita, nos animamos a emprender esta investigación cuyo objetivo será señalar la estructura literaria y los rasgos estilísticos más sobresalientes de *Camino*. Para ello –y de acuerdo con su índole genuinamente coloquial–, la encuadramos dentro de los escritos que responden a parámetros específicos de la lengua hablada. En un trabajo anterior sobre la obra literaria de Josemaría Escrivá de Balaguer (C. Sánchez Lanza, 2002), ubicábamos, también, en un marco conversacional las publicaciones compiladas bajo el título de *Homilias*, por tratarse de textos escritos a partir de producciones orales. En el caso que nos ocupa ahora, consideramos el texto como un fiel exponente de la lengua hablada ya que «el carácter oral prima sobre el carácter escrito» (P. Rodríguez, 2004, p. 156).

* Se publica el texto de una conferencia de la profesora de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), pronunciada el 2 de octubre de 2009 en Asunción (Paraguay).

¹ Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, Valencia, 1939, edición príncipe.

CONSIDERACIONES GENERALES

La lingüística actual focaliza su interés en el estudio y en el análisis de la lengua oral en su vertiente coloquial, con sus improntas de espontaneidad, de sencillez, de aparente incoherencia y de orientación a provocar el contacto con el otro. En esta línea, de coloquialidad y de intimismo, podemos incluir el contenido de los 999 puntos de *Camino*.

Conviene aclarar desde el principio que inscribimos esta obra en la categoría del diálogo, entendido éste como la interacción mediante un mismo código lingüístico entre dos o más participantes para intercambiar ideas, deseos, inquietudes, afectos, órdenes, promesas, etc., tanto en la realidad como en la ficción. Todo diálogo, por consiguiente, presupone un emisor y un receptor en una relación tal que ambos son responsables del acto verbal que se está realizando. Cada uno conoce al otro mientras se está llevando a cabo la acción comunicativa y es fundamental para el emisor saber descubrir las diferentes reacciones que se pueden producir en el destinatario de su mensaje.

En efecto, en una situación dialogal, según algunos autores el *yo* ins-taura al *tú* en el espacio discursivo (E. Benveniste, 1977). Se trata, por lo tanto, de un tramo de discurso sostenido entre las personas dialogales en una relación de interdependencia. Esta actitud relacional es tan fuerte que permite y alimenta la fluidez de la comunicación, sin que sean necesarias respuestas verbales inmediatas.

Ahora bien, ¿cómo considerar diálogo un texto que está compuesto por una serie de puntos que, aparentemente, no tienen respuesta, en la estructura sintáctico-pragmática de *Camino*? La solución a este interrogante la da el mismo autor, cuando dice, al comienzo de la obra: «*lee* despacio estos consejos, *medita* pausadamente estas consideraciones, son cosas que *te digo* al oído, en confianza de amigo, de hermano, de padre...». Y más adelante, en el texto, también hay manifestaciones de alguien que habla y alguien que escucha: «Yo quisiera –*me has dicho*– que Juan, el adolescente, tuviera una confianza conmigo...» (n. 125). «Pero, –*óyeme* bien, alma de apóstol–, es de Cristo, y sólo para Él, ese otro sentimiento que el Señor mismo ha puesto en tu pecho» (n. 161). «*Me has dicho* y *te escuché* en silencio: “Sí: quiero ser santo”» (n. 250). «*Me preguntas*: ¿por qué esa Cruz de palo?» (n. 277). «*Me dices* que sí, que quieres. –Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro?» (n. 316). «*Me preguntas...*, y *te contesto*: tu perfección está en vivir [...]» (n. 926). Muestras todas ellas de una actividad dialogal.

En la introducción de la obra, por otra parte, se alude a «frases entrecortadas para que tú las completes con tu conducta». Así lo demuestran los puntos que siguen: «“Pernoctans in oratione Dei” –pasó la noche en oración. –Esto nos dice San Lucas, del Señor. Tú, ¿cuántas veces has perseverado así? –*Entonces...*» (n. 104); y así termina el punto, en suspenso. Y en otro punto: «Tú eres sal, alma de apóstol. –Pero, *si te desvirtúas...*» (n. 921). Esto hace que el lector, al adentrarse en ellos, mantenga simultáneamente un diálogo consigo mismo, construyendo un intradiálogo: a medida que lee se cuestiona, reflexiona, evalúa su propio punto de vista. Y el discurrir de su pensamiento –con respecto a lo que está captando–, termina en aceptación o rechazo –sin necesidad de manifestarse con palabras– completando, de esta manera, los enunciados intencionalmente interrumpidos que le ofrece el texto.

Una faceta del diálogo, que se gesta en él, es la de los actos de habla. Acto de habla es la mínima expresión verbal, que impulsa la dinámica de la comunicación. Para que un acto de habla se produzca, es necesario que el hablante tenga la intención de comunicar algo a alguien y que éste sea capaz de reconocer esa intención, o sea que el significado de lo que se dice deberá ir acompañado de la intención del que lo dice, independientemente de la forma lingüística que utilice para expresarse. De este modo, un verbo en imperativo será un mandato si el que lo pronuncia tiene la intención de ordenar algo. Ahora bien, esa misma intención podrá manifestarse de otras maneras, indirectas, corteses y, por lo tanto, más atenuadas, formuladas mediante preguntas, deseos, aseveraciones, que se interpretarán como verdaderas órdenes a partir del contexto y de las marcas prosódicas que las acompañan. Un «cierra la puerta», por ejemplo, puede tener otras variantes como: «¿podrías cerrar la puerta?», «convendría cerrar la puerta», «¿te parece que cerremos la puerta?».

CARACTERIZACIÓN LITERARIA

Camino pertenece, en el marco de la literatura espiritual, al género literario aforístico² (F. Gondrand, 1994; J. M. Ibáñez Langlois, 2002). La obra contiene máximas³, proverbios⁴, consideraciones⁵, consejos, pensamientos, etc.

² Sentencia breve y doctrinal que se propone como regla en alguna ciencia o arte (DRAE, 2001).

³ Sentencia, apotegma o doctrina buena para dirigir las acciones morales (DRAE, 2001).

⁴ Sentencia, adagio o refrán (DRAE, 2001).

⁵ El título del libro hasta 1939 fue *Consideraciones espirituales*.

Está estructurada en capítulos, que responden a diversos temas, y su redacción consiste en enunciados más o menos breves, algunos brevísimos, con numeración correlativa (P. Rodríguez, 2004, pp. 153ss.).

ANÁLISIS LINGÜÍSTICO

Desglosemos este punto en dos aspectos: funcional (actos de habla) y formal (estilo).

Aspecto funcional. Desde esta perspectiva, encontramos en *Camino* diversidad de actos de habla que van desde la insinuación hasta el mandato y del pedido a la argumentación, entremezclados con promesas, invitaciones, halagos, disculpas, etc.

Muy numerosos son los mandatos categóricos, en tono imperativo, que confieren fuerza al enunciado, ya que el carácter didáctico del libro está siempre presente. Citemos por ejemplo: «-Sé útil. -Deja poso. -Ilumina [...]. Borra [...]» (n. 1). «Acostúmbrate a decir que no» (n. 5). «Crécete ante los obstáculos» (n. 12). «No dejes tu trabajo para mañana» (n. 15). «Sé recio. -Sé viril. -Sé hombre» (n. 22). «Recógete. -Busca a Dios en ti y escúchale» (n. 319). «Acude a tu Custodio, a la hora de la prueba» (n. 567). «Rectifica, rectifica» (n. 787). «Reacciona en seguida cada vez y di [...]» (n. 788). «Fomenta y preserva ese ideal nobilísimo que acaba de nacer en ti» (n. 987). Se trata, en estos casos, de órdenes sin paliativo.

Por otra parte, hay órdenes que aparecen suavizadas y devienen en consejos o en recomendaciones: «Si no tienes un plan de vida, nunca tendrás orden» (n. 76). «Tu oración debe ser litúrgica. -Ojalá te aficiones a recitar los salmos [...]» (n. 86). «No sabes qué decir al Señor en la oración. No te acuerdas de nada, y, sin embargo, querrías consultarle muchas cosas. -Mira: toma algunas notas durante el día de las cuestiones que desees considerar en la presencia de Dios. Y ve con esa nota luego a orar» (n. 97). «Una mirada al pasado. Y... ¿lamentarte? No: que es estéril. -Aprender: que es fecundo» (n. 239).

Otras veces, los mandatos son simples insinuaciones, sugerencias, invitaciones o van acompañados de expresiones corteses que suavizan el requerimiento o que animan a ponerlo por obra: «No dejes de hacer las cosas por falta de instrumentos: se comienza como se puede» (n. 488), lo que equivale a decir: ¡ánimate a empezar! «A Jesús se va y se “vuelve” por María» (n. 495), implícitamente está diciendo el autor “acércate a Ella”. «María, Maestra de oración. -Mira cómo pide a su Hijo en Caná. Y cómo insiste, sin desani-

marse, con perseverancia. –Y cómo logra. –*Aprende*» (n. 502). «Un pequeño acto, hecho por Amor, ¡cuánto vale!» (n. 814), es una invitación a realizar cosas chicas.

El autor incluso usa el halago para incitar a las buenas acciones: «¡*Qué bien has entendido la obediencia cuando me has escrito: “obedecer siempre es ser mártir sin morir”!*» (n. 622), comienza con un halago, tras el cual se sobreentiende “sigue obedeciendo”. «*Tú no vas contra Dios. –Tus caídas son de fragilidad*» (n. 713). «¡*Que cuesta! –Ya lo sé. Pero ¡adelante!: nadie será premiado –y ¡qué premio!– sino el que pelee con bravura*» (n. 720). «*Más recia la mujer que el hombre, y más fiel, a la hora del dolor*» (n. 982).

Encontramos también en el texto actos de habla que llevan la intención de convencer mediante razones que fundamenten su enunciado. Son los llamados actos argumentativos. Por ejemplo: «Te quiero feliz en la tierra. –No lo serás si no pierdes ese miedo al dolor. *Porque*, mientras “caminamos”, en el dolor está precisamente la felicidad» (n. 217). «Te has portado bien..., aunque hayas caído así de hondo. –Te has portado bien, *porque* te humillaste, *porque* has rectificado, *porque* te has llenado de esperanza y la esperanza te trajo de nuevo al Amor» (n. 264). «Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. –*Porque* te da esto y lo otro. –*Porque* te han despreciado. –*Porque* no tienes lo que necesitas o *porque* lo tienes [...]. Dale gracias por todo, *porque* todo es bueno» (n. 268). «¿Te aburres? –*Es que* tienes los sentidos despiertos y el alma dormida» (n. 368).

Otro modo del que el autor se vale para llegar al alma de quien lo lee, son las interrogaciones que, por lo general, envuelven un requerimiento y dejan en suspenso la respuesta adecuada:

«Serenidad. –¿Por qué has de enfadarte si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin?» (n. 8). «¿Que... ¡no puedes hacer más!? –¿No será que... no puedes hacer menos?» (n. 23). «¿Por qué, al juzgar a los demás, pones en la crítica el amargor de tus propios fracasos?» (n. 52). «Buscas la compañía de amigos que con su conversación y su afecto [...]. Pero... ¿cómo no frecuentas cada día con mayor intensidad la compañía, la conversación con el Gran Amigo, que nunca traiciona?» (n. 88). «¿Qué pieza del mundo se desquiciará si yo falto, si muero?» (n. 740). «¿Resignación?... ¿Conformidad?... ¡Querer la voluntad de Dios!» (n. 757). «¿Hay locura más grande que echar a voleo el trigo dorado en la tierra para que se pudra? –Sin esa generosa locura no habría cosecha. Hijo: ¿cómo andamos de generosidad?» (n. 834), es ésta una figura bellísima, cargada de afectividad.

Con frecuencia, el autor desnuda su alma ante quien lo quiera escuchar. Lo hace con actos de habla enunciativos con los que trasluce su interioridad o sus modos de obrar, invitando al lector a hacer lo mismo: «Cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré, si tú me dejas» (n. 591). «El propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad» (n. 609). «¡Oh, Dios mío: cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de Ti!» (n. 729). «¡Oh, Jesús! –Descanso en Ti» (n. 732). Se pueden considerar como reflexiones personales del autor, para sí mismo, que invitan a meditar al que las lee.

Aspecto formal. El autor, sin apartarse de lo coloquial, recurre a figuras que confieren a sus expresiones connotaciones estilísticas enriquecedoras.

San Josemaría utiliza una acertada adjetivación, a veces desvalorizante cuando quiere resaltar algo. Citemos, por ejemplo: «¿Contemporizar? –Es palabra que sólo se encuentra [...] en el léxico de los que no tienen gana de lucha –*comodones, cucos o cobardes*– [...]» (n. 54). «–Así entierra el labrador, al pie del árbol que los produjo, frutos *podridos*, ramillas *secas* y hojas *caducas*» (n. 211). «Con ese aire de suficiencia resultas un tipo *molesto y antipático*, te pones en ridículo» (n. 351). «*Caras largas...*, modales *bruscos...*, facha *ridícula...*, aire *antipático*: ¿así esperas animar a los demás a seguir a Cristo?» (n. 661).

En otros puntos, acompaña con adjetivos de tinte positivo para realzar el sustantivo al que califican: «*Hermosa* contestación la que dio aquel varón *venerable* al joven que se quejaba de la injusticia sufrida» (n. 673). «[...] –la alegría y la paz– es fruto *seguro y sabroso* del abandono» (n. 768). «¿Crees que no había contemporáneos de Pedro, *sabios*, y *poderosos*, y *prudentes*, y *virtuosos*, fuera del apostolado de los primeros doce?» (n. 802). «[...] la gracia de la otra labor –*grande, ancha y honda*– con que sueñas» (n. 825). «–Todo esto no es una bobería, sino una *fuerte y sólida* vida cristiana» (n. 853).

El autor posee también un buen manejo de sinónimos, palabras con significación parecida, como se ve en los siguientes puntos: «*Voluntad*. –*Energía*. –*Ejemplo*. –Lo que hay que hacer, se hace...» (n. 11). «Te empeñas en ser *mundano, frívolo y atolondrado* porque eres *cobarde*» (n. 18). «Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las *puntas, aristas y salientes* –*imperfecciones, defectos*– de tu genio [...]?» (n. 20). «Eso se llama: *susurración, murmuración, trapisonda, enredo, chisme, cuento, insidia...*, ¿*calumnia?*, ¿*vileza?*» (n. 449). «–Causan la impresión de que no saben que tienen alma: son... *manada, rebaño, piara*» (n. 914).

En *Camino* abundan las comparaciones. La similitud de las expresiones enriquece la prosa mediante figuras que amplían la semántica del texto: «El examen general *parece* defensa. –El particular, ataque. –El primero es la armadura. El segundo, espada toledana» (n. 238). «¡Eres tan joven! –Me *pareces* un barco que emprende la marcha» (n. 248). «Estás *como* un saco de arena. –No haces nada de tu parte» (n. 257). «Me dices que sí, que quieres. –Bien, pero ¿quieres *como* un avaro quiere su oro, *como* una madre quiere a su hijo, *como* un ambicioso quiere los honores o *como* un pobrecito sensual su placer?» (n. 316). «Esa trepidación de tu espíritu, la tentación, que te envuelve, es *como* una venda sobre los ojos de tu alma» (n. 715). «Obedeced, *como* en manos del artista obedece un instrumento» (n. 617). «¿Brillar *como* una estrella [...]? Mejor: quemar, *como* una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas» (n. 835). «Así *como* el clamor del océano se compone [...] así la santidad de vuestro apostolado se compone [...]» (n. 960).

En otros puntos son las metáforas⁶, unión de términos que provienen de campos semánticos diferentes, las que imprimen matiz connotativo: «Tristeza, apabullamiento. No me extraña: es la *nube de polvo* que levantó tu caída» (n. 260). «[...] y es también la hora de *desempolvar rincones de tu alma*» (n. 298). «¿Pretendes hacerme creer, y creer tú seriamente, que podrías vencer en la *Olimpiada sobrenatural* [...]?» (n. 822). «¿No has visto *las lumbres* en la mirada de Jesús cuando la pobre viuda deja en el templo su pequeña limosna?» (n. 829); esas “lumbres” muestran una ternura infinita. «*¡Bendita perseverancia la del boricua de noria! –Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. –Un día y otro: todos iguales. Sin eso no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín.* Lleva este pensamiento a tu vida interior» (n. 998); todo este punto es una metáfora.

Son frecuentes, además, las expresiones coloquiales: aquellas que se usan de manera natural, espontánea en el habla familiar: «[...] no eres *moneda de cinco duros* que a todos gusta» (n. 20). «Tu espíritu de varón, rectilíneo y sencillo, se abruma al sentirse envuelto en enredos, *dimes y directes* [...]» (n. 51). «[...] Y no me “pongas *en berlina*” a tus hermanos ante los extraños» (n. 55). «*Madera de santo.* –Eso dicen de algunas gentes: que tienen *madera de santos*» (n. 56). «¿Lloras? –No te dé vergüenza. Lloras: *que sí*, que los hombres también lloran» (n. 216). «No olvides que tu ideal es como una *lucecica* recién encendida» (n. 644). «¡[...]. Y cómo me has hecho pensar

⁶ Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita (DRAE).

al decirme esta *perogrullada!*» (n. 845). «Pero no te me plantes en la “*edad del pavo*”» (n. 858). «Un pinchazo. –Y otro. Y otro. –¡Súfrellos, *hombre!*» (n. 885). «¡*Hala!*, adelante... Así hasta que dé la hora» (n. 891).

El autor echa mano también de algunos ejemplos del refranero de su tierra, maneras de decir populares de uso común, como en estos dos casos: «Te diré, con palabras de un viejo refrán español: aunque la carne se vista de seda, carne se queda» (n. 134). «Tú lo quisiste, fraile mostén⁷; tú lo quisiste, tú te lo ten» (n. 704).

En otras ocasiones san Josemaría utiliza con aplomo antítesis, juegos de palabras, oposición o trasposición de vocablos o de afirmaciones, como en los siguientes puntos: «Sé instrumento: de *oro* o de *acero*, de *platino* o de *hierro*..., *grande* o *chico*, *delicado* o *tosco*...» (n. 484). «Me dices que tienes en tu pecho *fuego* y *agua*, *frío* y *calor*, *pasioncillas* y *Dios*...; una vela encendida a *San Miguel* y otra al *diablo*» (n. 724). «No tengas la *cobardía* de ser “*valiente*”: ¡huye!» (n. 132). «No lo olvides: aquel tiene *más* que necesita *menos*» (n. 630). «*Un querer sin querer* es el tuyo [...]» (n. 714). «¡*Bienaventuradas malaventuras* de la tierra!» (n. 717). «[...] Y la *discreta indiscreción*, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo...» (n. 973).

Otro recurso lingüístico que encontramos en *Camino* es la utilización de enumeraciones y repeticiones. Aquéllas, mediante vocablos de diferente significación; éstas por insistencia de la misma voz. Ambas formas se usan para resaltar alguna idea, para intensificar el matiz expresivo. Algunos ejemplos son los siguientes: «[...] Y siente, con Él, los *insultos*, y los *salivazos*, y los *bofetones*... y las *espinas*, y el *peso de la cruz*...» (n. 58); en este caso, la repetición de la conjunción copulativa –polisíndeton– refuerza la reflexión que quiere provocar el autor. «Tú –piensas– tienes mucha personalidad: *tus estudios* –*tus trabajos de investigación*, *tus publicaciones*–, *tu posición social* –*tus apellidos*–, *tus actuaciones políticas* –*los cargos que ocupas*–, *tu patrimonio*..., *tu edad*, ¡ya no eres un niño!...» (n. 63). «¿Motivos para la penitencia?: *Desagravio*, *reparación*, *petición*, *hacimiento de gracias*: medio para ir adelante...: *por ti*, *por mí*, *por los demás*, *por tu familia*, *por tu país*, *por la Iglesia*... Y mil motivos más» (n. 232). «*Oro*, *plata*, *joyas*... *tierra*, *montones de estiércol*. –*Goces*, *placeres sensuales*, *satisfacción de apetitos*..., como una *bestia*, como un *mulo*, como un *cerdo*, como un *gallo*, como un *toro*. *Honores*, *distinciones*, *títulos*..., *cosas de aire*, *hinchazones de soberbia*, *mentiras*,

⁷ Mostén, apócope de mostense. Mostense, que pertenece a la orden premonstratense, de canónigos regulares, fundada por san Norberto (DRAE).

nada» (n. 677). «¡Paz, paz!, me dices. –La paz es...» (n. 759). «¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer! Fiebre, locura de moverse...» (n. 837). «[...] Habéis de llevar un manto invisible que cubra todos y cada uno de vuestros sentidos y potencias: *orar, orar y orar; expiar, expiar y expiar*» (n. 946).

Otra peculiaridad, exquisita por cierto, son las apelaciones al lector que san Josemaría hace para acercarse a él y lograr penetrar en su interior. Comportan una connotación de afecto, de cortesía. Por ejemplo:

«Ese espíritu crítico, para vuestra empresa sobrenatural –*¿me perdonas que te lo diga?*– es un gran estorbo [...]» (n. 53). «No te esfuerces, ni te preocupes. –*Óyeme bien: es la hora del corazón*» (n. 102). «No olvides, *hijo*, que para ti en la tierra sólo hay un mal [...]» (n. 386). «¿Que has fracasado? –*Tú* –estás bien convencido– no puedes fracasar» (n. 405). «*Hijo*: ¡qué bien viviste la Comunión de los Santos cuando me escribías [...]» (n. 546); «[...]». «*Estás triste, hijo mío?* –”Oret!” –*¡Haz oración!* –Prueba a ver» (n. 663).

A estas apelaciones se añade un refuerzo a través del uso de dativos de interés o del involucrarse del autor en el tema de conversación, lo que otorga a los enunciados un tono de mayor intimidad: «No *me seas* tan... susceptible. –Te hieres por cualquier cosa» (n. 43). «No *me saques* las cosas de quicio» (n. 157). «No *me seas* flojo, blando» (n. 193). «Leíamos –*tú y yo*– la vida heroicamente vulgar de aquel hombre de Dios» (n. 205). «Te escribí y te decía: “me apoyo en ti ¡tú verás qué *hacemos...*!”» (n. 314). «Cuando *tú y yo* pongamos el mismo afán en los asuntos de nuestra alma [...]» (n. 317). «*Aprovéchame* el tiempo. –No te olvides de la higuera maldecida» (n. 354). «[...]». «Vamos *tú y yo* a dar y a darnos sin tacañería» (n. 468). «¿Te acuerdas? –*Hacíamos tú y yo* nuestra oración, cuando caía la tarde» (n. 811).

CONCLUSIONES

A través de este somero análisis de la estructura y del lenguaje de *Camino* hemos podido constatar que, en el afán del autor por escribir «libros de fuego, que corran por el mundo como llama viva»⁸, la obra mantiene una connotación coloquial, familiar, afectiva, compuesta por enunciados claros, precisos, incisivos algunos y suaves otros.

⁸ Cfr. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Madrid, Instituto Histórico Josemaría Escrivá – Rialp, 2004, p. 159.

Escrivá de Balaguer poseía un conocimiento profundo de la lengua castellana, que esgrimía con gran maestría. Su prosa, cuidada y rica en vocablos que expresan con justeza la profundidad de su pensamiento, es, al mismo tiempo, reflejo de espontaneidad y llaneza. Toda ella está matizada con profusión de sinónimos, metáforas, antítesis, con una adjetivación bien lograda, y envuelta en un tono de intimidad y confianza.

Los rasgos propios del coloquio y de la comunicación familiar, además de ser estilo, un estilo personal del autor, muestran un fin didáctico y ofrecen un estímulo que anima a mejorar y a involucrarse en el compromiso de lograr metas altas en la vida interior. Así queda de manifiesto en las palabras del prólogo del autor: «Voy a remover en tus recuerdos, para que se alcance algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio».

Bibliografía

- Francisco ALIAGA - Eduardo BUSTOS, *Metáfora y discurso argumentativo*, en José Jesús DE BUSTOS (coord.), *Lengua, Discurso, Texto, I Simposio internacional de Análisis del discurso*, vol. I, Madrid, Visor, 2000, pp. 850-860.
- Antonio BARNÉS VÁZQUEZ, *San Josemaría y Cervantes*, en *San Josemaría y la comunicación. Información al servicio de la persona, Actas del II Simposio sobre el Fundador del Opus Dei*, Jaén, Caja Rural, 2006, pp. 135-156.
- Émile BENVENISTE, *Problemas de lingüística general*, México D.F., Siglo XXI, 1976.
- María CABALLERO WANGÜEMERT, *Camino, edición crítico-histórica: un apunte desde la literatura*, en Constantino ÁNCHEL (ed.), *En torno a la edición crítica de Camino*, Madrid, Rialp, 2003, pp. 117-144.
- María CABALLERO WANGÜEMERT, *Camino: el molde epistolar al servicio de la literatura religiosa*, en Mariano FAZIO (ed.), *Actas del Congreso Internacional "La grandeza de la vida corriente"*, vol. II, *San Josemaría Escrivá. Contesto storico. Personalità. Scritti*, Roma, Edusc, 2003, pp. 237-247.
- Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*, Madrid, 2001²².
- Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española, Madrid, 2005.
- Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Rialp, Madrid, 2004³.
- María Cristina FERRER - Carmen SÁNCHEZ LANZA, *Interacción verbal. Los actos de habla*, Rosario, UNR Editora, 2002.

- Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO, *Literatura espiritual española del siglo XX. Sobre la obra escrita del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en *Homenaje al prof. José Fradejas Lebrero*, t. II, Madrid, UNED, 1993, pp. 629-642.
- Juan GÓMEZ CAPUZ, *Procesos léxico-semánticos en la conversación cotidiana*, en BUSTOS *et al.* (eds.), *Lengua, Discurso*, pp. 807-821.
- François GONDRAND, *La intención y el género literario de Camino, del Beato Josemaría Escrivá*, "Scripta Theologica" 26, 1 (1994), pp. 233-248.
- François GONDRAND, *Les marques de l'oralité dans Camino* en FAZIO, *Actas*, pp. 249-278.
- François GONDRAND, *Un livre de sentences spirituelles à l'époque contemporaine: Camino, de Josemaría Escrivá de Balaguer*, "Crisol" 18 (1994), París, X-Nanterre, pp. 47-57.
- José Miguel IBÁÑEZ LANGLOIS, *Josemaría Escrivá como escritor*, Santiago de Chile, Gestión, 2002.
- Dolores A. IGUALADA, *Estrategias comunicativas. La pregunta retórica en español*, "Revista Española de Lingüística" (RSEL), 24 (1994/2), pp. 329-344.
- Catherine KERBRAT-ORECCHIONI, *Les interactions verbales* vols. I, II, III, Paris, Armand Colin, 1990-1994.
- Revista Oralía: Análisis del discurso oral*, vol. 4 (2001), Madrid, Arco Libros.
- Guadalupe ORTIZ DE LANDÁZURI, *Estudio literario de Camino*, Surco y Forja en FAZIO (ed.), *Actas*, pp. 317-336.
- Armando PEGO PUIGBÓ, *La escritura encendida. Cuatro españoles en la Iglesia del siglo XX*, Barcelona, Edimurtra, 2005.
- Carmen SÁNCHEZ LANZA, *Rasgos estilísticos en los escritos de Escrivá de Balaguer* en *Un mensaje siempre actual. Actas del Congreso "Hacia el centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer"*, Buenos Aires, Universidad Austral, 2002, pp. 311-324.
- D. SCHIFFRIN, *El análisis de la conversación*, en Frederick J. NEWMAYER, *Panorama de la lingüística moderna*, vol. IV, Madrid, Visor, 1992, pp. 299-327.
- John R. SEARLE, *A classification of illocutionary acts*, "Language in Society" 5 (1976), University of California, pp. 1-24.
- Michael STUBBS, *Análisis del discurso*, Madrid, Alianza, 1983.
- Pedro Antonio URBINA, *La imagen y su sentido en Camino*, en Miguel Ángel GARRIDO (ed.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp. 45-56.
- Ana María VIGARA TAUSTE, *Morfosintaxis del español coloquial*, Madrid, Gredos, 1992.